(. . .)

Los restos de los primeros hombres y semi-hombres que se han descubierto, son ahora lo suficientemente numerosos para poder tener una idea bastante clara de las etapas de la evolución desde los antropoides hasta los seres humanos más primitivos. Los primeros restos indudablemente humanos más antiguos descubiertos hasta ahora, se calcula que pertenecen a un periodo de hace un millón de años, poco más o menos, pero varios millones de años antes de esta época parece ser que hubo antropoides que ya no vivían en los árboles, sino en el suelo. La característica más distintiva por la cual se determina el estado de evolución de estos primeros antepasados es el tamaño del cerebro, que aumentó con bastante rapidez hasta alcanzar aproximadamente su capacidad actual, pero que ha permanecido virtualmente estacionado desde hace cientos de miles de años. Durante estos cientos de miles de años el hombre ha progresado en conocimiento, en destreza adquirida y en organización social, pero no, por lo que se puede apreciar, en capacidad intelectual congénita. Este avance puramente biológico, a juzgar por los restos óseos, se completó hace largo tiempo. Por consiguiente, ha de suponer que nuestra dotación mental congénita, contrariamente a lo que se nos enseña, no es muy diferente de la que tenía el hombre paleolítico. Al parecer, todavía conservamos los instintos que, antes de que su conducta fuera deliberada, inducían a los hombres a vivir en pequeñas tribus con una acusada antítesis de amistad interna y de hostilidad externa. La fuerza impulsora de los cambios

ocurridos desde aquellos tiempos remotos ha tenido que depender, en parte, de esta primitiva base instintiva y, en parte, de un sentimiento, apenas consciente, de interés colectivo. Una de las causas de tensión en la vida social humana está en que es posible darse cuenta, hasta cierto punto, de los motivos racionales de una conducta no aguijoneada por el instinto natural. Pero cuando semejante conducta violenta los instintos naturales con excesiva severidad, la naturaleza se venga dando lugar a la indiferencia o a un instinto destructor; y cualquiera de las dos cosas puede hacer que una estructura inspirada por la razón se derrumbe.

La cohesión social que empezó con la lealtad hacia un grupo, reforzada por el miedo a los enemigos, fue transformándose, mediante procesos en parte naturales y en parte deliberados, hasta llegar a las vastas aglomeraciones que conocemos ahora como naciones. Varias fuerzas contribuyeron a estos procesos. En una etapa muy primitiva la lealtad a un grupo debió de ser reforzada por la lealtad a un jefe. En una tribu numerosa el jefe o el rey debía ser conocido por todo el mundo aun cuando los individuos particulares eran a menudo extraños los unos a los otros. De esta manera, la lealtad personal, en contraposición con la lealtad a la tribu, hace posible un aumento en el tamaño del grupo sin violentar el instinto.

(. . .)